

LA AUTONEGACIÓN EN LA AUTOAFIRMACIÓN HUMANA

UN ESBOZO DEL PENSAMIENTO DE GEORGES BATAILLE



IVÁN DARÍO MUÑOZ QUEVEDO

Universidad Nacional de Colombia

Resumen: El hombre no es solo consciente sino que, además, se sabe consciente, y por esta autoconsciencia es retirado de la inmanencia "mundana" que le ofrece la animalidad. De esta manera se autoafirma como tal (e.d. como hombre) y como individuo. Una vez que el hombre es autoconsciente se sabe también sujeto, por lo que establece a su vez objetos, introduciendo la distinción —íntimamente ligada a la noción de "utilidad"— entre medios y fines. Tal distinción se hace efectiva mediante el "trabajo" al que es conducido el hombre, pero es ahí también donde termina por desaparecer como individuo, convirtiéndose así el trabajo en su misma autonegación. Un esbozo del pensamiento de Georges Bataille.

Abstract: Man is not only conscious, furthermore he knows himself as it, and because of this self-consciousness he gets expelled from the "mundane" immanence offered by animality. In this way, he affirms himself as man and as individual. Once man is conscious, he recognizes himself as subject as well. And, at the same time, he establishes objects, introducing the distinction —intimately tied to the "utility" notion"— between ways and purposes. This distinction drives man to "work", being this the way to make it effective, but in the same way, man disappears as individual, work becomes his own self-negation. An sketch of Georges Bataille's thought.

La siguiente exposición tiene realmente dos intenciones: la primera es dar a conocer, aunque sea superficialmente, el trabajo de un gran pensador francés como lo fue Georges Bataille; la segunda, es hacer un llamado a la comunidad filosófica en particular, respecto de la importancia del nexo recientemente revelado entre Filosofía y Literatura. No podemos esconder este hecho. Las

antiguamente infranqueables barreras entre ambas áreas han comenzado a ser derrumbadas y es hora de reconocer las indudables y acertadas influencias que cada una ejerce sobre la otra. La filosofía actual no puede desconocer este hecho pretendiéndose autónoma y repitiendo errores de la antigüedad. Es hora de que a grandes escritores como Goethe, Camus, Dostoyevsky,

Bachelard, Derridá, Válerly, Tolstoy y Bataille, por citar algunos nombres, les sea otorgado el lugar que se merecen en el ámbito filosófico.

I.

El Hombre es puesto, tal como el animal, “en el mundo” (aunque el animal realmente no ve ese «mundo»). El animal se “siente” inmanente al mundo, crea un uno con la naturaleza, con los otros animales; con el animal que devora, del que no se sabe diferente. Incluso esta relación entre el animal que devora y el devorado es una relación de inmanencia. El animal no se sabe distinto de aquel que devora. No se sabe sujeto por lo que no puede determinar objetos (ni tampoco a otros sujetos), viviendo entonces en una perfecta continuidad de ser con todo lo que lo rodea. Él no se sabe individuo, es parte del todo del mundo, vive la inmediatez, no tiene tampoco *tiempo* para distinguirse. Su inmediatez es la del absoluto. En su *momento existente* todo es infinito, todos los ciclos no son más que puntos de ese continuo. Todo para él tiene el mismo significado: su inmediata supervivencia.

El Hombre, por el contrario, se sabe consciente de *sí mismo*, se ve a *sí mismo* en el mundo, y esta conciencia lo lleva a verse como distinto del mundo, lo que lo obliga a ubicarse en él. Ubicación ésta que logra gracias a la espacio-temporalidad que él mismo crea, con la que se constituye definitivamente como individuo.

El Hombre se deshace de su animalidad. Ya no vive por (en) su *inmediata supervivencia*, sino que se piensa en función de su *futura supervivencia* y para ello debe ubicarse como sujeto en búsqueda de objetos que le sean útiles para su fin. En su espacio-temporalidad se encuentra, por su ser individual, independiente del Mundo, del absoluto, del todo. Y se siente «amo» de éste. Pero por esa misma individualidad se sabe discontinuo, finito,

contra la eternidad y continuidad del mundo atemporal. Su conciencia y su razón, aparentemente sus más grandes ventajas, se alzan en su contra convirtiéndolo en un ser discontinuo, alejando del todo del mundo, del infinito de la eternidad, de la inmediatez, de la animalidad.

La visión del Hombre otorga a todo su alrededor un sentido y una utilidad para sí, en función de su futura supervivencia. El mundo adquiere un sentido: el sentido de servir al hombre ser relativo a él.

No en vano Bataille utiliza en su poesía la contraposición oscuridad-luz. La primera representa el absoluto, el todo indivisible: en la oscuridad todo es parte de ella, es un espacio infinito el que se abre ante nuestros ojos, al que le tememos y del que huímos con la luz. Y pagamos caro nuestro temor: en la luminosidad, en la claridad de la luz aparecen los límites, aparecen los individuos, las determinaciones, *los objetos*, que implican un sujeto que los observa y los valora. “El objeto tiene un sentido que rompe la continuidad indistinta, que se opone a la inmanencia o al fluir de todo lo que es, a lo que trasciende. Es rigurosamente extraño al sujeto, al yo ahogado todavía en la inmanencia. Es la propiedad y la cosa del sujeto, pero no por eso es menos impenetrable para él” (Bataille, 1981, 33).

El Hombre entonces siente nostalgia por la continuidad de la que ha sido despojado por su autoconciencia. Siente la angustia de la existencia individual que no es otra que el temor a la muerte, un temor que no existe en los animales por su desconocimiento de sí mismos, el temor a su fin como individuo. Quiere de alguna manera lograr su desindividualización y eternizarse, eternizar su ser (individual, a la larga), en el mundo.

La nostalgia por la continuidad perdida reaparece buscando “sustituir el aislamiento del ser, su discontinuidad, por un sentimiento de continuidad profunda” (Bataille, 1975, 24). Y este sentimiento lo logra gracias a su



erotismo en su fin básico de la reproducción. De lo que el Hombre no se da cuenta es de que ese erotismo está totalmente relacionado con la muerte. Pero no con la muerte en el sentido eminentemente físico, sino con la muerte como fin del individuo, como su desaparición.

El erotismo es muerte en cuanto fin de la individualidad. El sentimiento de continuidad profunda aparece en el momento de fusión de dos seres en el acto sexual. El Hombre debe volver a su animalidad en busca de la continuidad perdida. Hay en la reproducción —[que es] eternizamiento y producción de la discontinuidad¹— un momento de continuidad, el momento de fusión entre dos seres, que se identifica con la muerte.

Esto se observa más claramente si nos detenemos antes en el modo de reproducción asexual: “En la reproducción asexual, el ser simple que es la célula se divide en un punto de su crecimiento. Se forman dos núcleos, y de un solo ser resultan dos. Pero no podemos decir que un primer ser dio nacimiento a un segundo. Los dos seres nuevos sin, por igual, los productos del primero. El primer ser desapareció. Esencialmente, murió, puesto que no sobrevive en ninguno de los seres que produjo². No se descompone del mismo modo que los animales sexuales que mueren, sino que cesa de ser. Cesa de ser en la medida en que era discontinuo. Sólo que, en un punto de la reproducción, hubo discontinuidad. Existe un punto en el que *el uno* primitivo se convierte en *dos*. A partir del momento en el que hay dos, hay de nuevo una discontinuidad de cada uno

¹ Producción de la discontinuidad en cuanto que crea nuevos seres, es decir, nuevos seres discontinuos.

² Cabe aclarar que hasta este punto de la cita está planteada una analogía, y lo que sigue es una explicación de la misma. Alguna mala interpretación llevaría a pensar la célula asexual como “consciente de sí misma” puesto que se plantea su discontinuidad. Pero la célula no es consciente de sí en cuanto discontinua, el ejemplo sólo quiere ilustrar la manera como se concibe la desaparición del primer individuo en la aparición de los descendientes.

de los seres. Pero el paso implica entre los dos un *instante* de continuidad. El primero muere, pero aparece *en su muerte* un instante fundamental de continuidad de los seres” (Bataille, 1975, 26)

Esto aplicado a la reproducción *sexual* es sólo ligeramente distinto. En ésta, aparece una nueva clase “de paso de la discontinuidad a la continuidad”. Aquí aparecen dos seres discontinuos que en un momento se fusionaron, se *unen*, para dar paso al nuevo ser que, a su vez, será discontinuo. El espermatozoide y el óvulo, en su estado más elemental, son dos células independientes, seres discontinuos, pero se unen y en esta unión se establece una continuidad entre ellos dando paso al nuevo ser que no es otro que la fusión de los dos seres que, al desaparecer como individuos, mueren. “El nuevo ser es el mismo discontinuo, pero lleva en él el paso a la continuidad, la fusión, mortal para cada uno de ellos, de dos seres distintos” (Bataille, 1975, 27)

En un ensayo sobre Emily Brontë, Bataille afirma: “El erotismo es la ratificación de la vista hasta en la muerte. La sexualidad implica muerte no sólo porque los recién llegados prolongan y sustituyen a los desaparecidos, sino además porque la sexualidad pone en juego la vida del ser que se reproduce (...) La muerte individual no es más que un aspecto del exceso proliferador del ser. La reproducción sexual no es, a su vez, más que un aspecto, el más complicado, de la inmortalidad de la vida que entraba en juego en la reproducción asexual: de la inmortalidad pero, al mismo tiempo, de la muerte individual (...) El fundamento de la efusión sexual es la negación del aislamiento del yo, que sólo conoce éxtasis excediéndose, trascendiéndose en el acto amoroso, en donde pierde la soledad del ser. Tanto si se trata de erotismo puro como de sensualidad de los cuerpos, la intensidad es mayor en la medida en que se vislumbra la destrucción, la muerte del ser” (Bataille, 1979, 22)



El Hombre pues, pretende romper su discontinuidad mediante la reproducción, pero lo que hace es eterniar esta individuación discontinua: sus hijos y los hijos de sus hijos serán también discontinuos. “La reproducción conduce a la discontinuidad de los seres, pero pone en juego su continuidad (...) está íntimamente ligada a la muerte” (Bataille, 1975, 25). De este modo el Hombre pretende sobreponerse a su nostalgia de continuidad, a su angustia, que es constituida por su conciencia de la muerte, imitando a ésta última en el acto sexual.

Para Bataille, de hecho, no hay una representación más evidente de la muerte, que el acto sexual y esto se refleja en las que, para él, son las características esenciales del erotismo: la crueldad, la violencia, la violación de la interioridad del cuerpo humano, la fascinación del suplicio, la profanación de estructuras vitales, el atentado contra la interdicción y el éxtasis místico. Características éstas que el erotismo comparte con el dolor y la muerte. La muerte sería, por esto, el principio del erotismo.

“Lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas, de esas formas de vida social, regular, que fundamentan el orden discontinuo de individualidades definidas que somos” (Bataille, 1978, int.)

De ello se desprende que detrás del erotismo se esconde una lucha humana contra las “prohibiciones” que la sociedad impone y los “tabúes” que representan todos los temas que tienen que ver con la muerte y el sexo — es decir, las interdicciones de toda sociedad, como veremos más adelante—, cosas ambas inherentes a la naturaleza humana y que no deberían ser consideradas como “impuras” “repudiables”; algo de lo que se ha encargado la religión, especialmente el cristianismo.

44 Volvemos entonces a la angustia producto de la autoconciencia humana, vista ahora como relativa a la fusión que hace Bataille entre

erotismo y muerte. Tal angustia se ve recompensada recisamente por la conciencia que se tiene de ella y de la inminente llegada de la muerte, lo que la ratifica como principio de todo placer. “La muerte de uno es correlativa al nacimiento del otro, que ella anuncia y de la que es condición. *La vida es siempre un producto de la descomposición de la vida*” (Bataille, 1975,78)

Así como el placer implica el dolor, así también la vida implica la muerte, y el placer y el dolor son, a la larga, los productores de la vida y la muerte. De esta manera, el Hombre se ve reducido simplemente al actor de un ciclo que se repite en su vida todos los días y que le revela un montón de sensaciones, mostrándole su inevitable destino, al que siempre evoca pero del que siempre huye: la muerte.

II.

Vimos cómo el hombre se afirma a sí mismo mediante la negación de su animalidad. Y esto lo hace gracias al reconocimiento de su conciencia y de su individualidad. Gracias a la separación que establece entre “sujeto” y “objeto”, desde la cual se ratifica como sujeto individual que busca sobrevivir no sólo en el instante preciso en el que se impesa sino durante la temporalidad futura que se impone. Y esta supervivencia depende de la manera como utilice su mundo, es decir, de la valoración que haga de los objetos como útiles para sí, estableciendo una nueva separación entre “medios” y “fines”.

Pero estas divisiones y esta consiguiente autoafirmación el Hombre no las logra más que con TRABAJO.

La primera distinción que tuvo el Hombre primitivo con los animales, fue la de crear herramientas útiles para su supervivencia. Bataille en este aspecto coincide con Hegel en que es el trabajo lo que hace posible el nacimiento de la conciencia humana, y de esta manera el paso de la animalidad a la



humanidad: “La posición del objeto, que no está dada en la animalidad, lo está en el empleo humano de los útiles. Por lo menos si los útiles como medios términos³ están adaptados al resultado buscado, si quienes los emplean los perfeccionan. En la medida en que los útiles están elaborados con vistas a su fin, la conciencia los pone como objetos, como interrupciones en la continuidad indistinta. El útil elaborado es la forma naciente del no-yo” (Bataille, 1981, 31).

Las distinciones “sujeto/objeto”, de la que hablabamos antes, se da entonces sólo en la medida en que el hombre emplea útiles, en la medida en que se distingue de ellos introduciendo con ello la *exterioridad*. El útil está subordinado al Hombre, él lo crea y lo usa, sin él no tiene valor alguno, ni siquiera sentido.

Mediante la aparición de útiles⁴ se da inicio a la sociedad, puesto que todo gira en torno al trabajo, y, paralelamente a éste, surgen las interdicciones que van a regular a la sociedad. Efectivamente, puesto que surge como actividad social, para que el trabajo pueda organizarse y sea realmente útil y efectivo en su fin de supervivencia humana, se necesita una coordinación funcional de las acciones humanas y un establecimiento de prioridades según sus fines. Para lograr esto, debe prohibirse la satisfacción *inmediata* del deseo, es decir, la tendencia a la animalidad. Debe suprimirse todo vestigio del hombre “instintivo” para darle paso al reinado del hombre “racional”.

Veíamos que la distinción hombre/animal se basa en la muerte, en la conciencia que de ella tenemos, y en la sexualidad humana (erotismo) que se distingue esencialmente de la animal. “El animal tiene una vida subjetiva,

pero esa vida, al parecer, le es dada, como lo son los objetos inertes, de una vez por todas. El erotismo del hombre difiere de la sensualidad animal en eso justamente, en que pone a la vida interior en cuestión. *El erotismo es en la conciencia del hombre lo que pone en él al ser en cuestión*” (Bataille, 1975, 45).

Luego, si se pretende suprimir la animalidad en el hombre, los interdictos deben estar dirigidos —como veíamos al final de la primera parte— hacia esos dos aspectos. De ahí que las dos prohibiciones básicas sobre las que toda sociedad humana se ha constituido son *el sexo* y *la muerte*. Estos interdictos constituyen a su vez las reglas de “convivencia”, es decir, las “leyes” que son confundidas con la razón misma, y en ocasiones —como con el absurdo del cristianismo— se les da tintes “divinos”, llegando a confundir la razón con un dios. Son pues, estos “tabúes”, junto con el trabajo, los que permiten al Hombre autoafirmarse como tal, y de esta manera, atacar su temor a la muerte.

Pero esos “tabúes” han sido instaurados en función del futuro. Obedecen a una lógica temporal y subordinan el presente al futuro. Todo lo que el Hombre hace en un «ahora», lo hace pensando en un «después», convirtiéndose en un esclavo del “mañana”. Superponiendo el «bien» de la razón, del valor futuro; sobre el «mal» del deseo, del valor presente.

El Hombre niega en sí la inmediatez animal para afirmar la racionalidad, buscando la perduración de su vida. Y esta perduración que anhela, esconde la angustia por su conciencia de la muerte.

Al final, todo lo que el hombre obtiene — como ya lo habíamos anotado— es constituirse en un esclavo. Su vida se ve reducida a la mera condición de subsistencia, su existencia se limita a una vida servil y su fin único es trabajar y reproducirse con el fin de “perdurar”, de asegurar un futura que nunca será de él, ni de

³ Entiéndase por “útiles como medios términos” las herramientas que el hombre utiliza camino a su fin propuesto e instantes del proceso.

⁴ En adelante tomo como guía el artículo de Cempillo, 1997.



los que le siguen, porque éstos, a su vez, seguirían trabajando para un futuro que no alcanzarán nunca, que nunca podrán disfrutar.

En este sentido, el hombre es algo menos que el animal, que por lo menos “disfruta” su inmediatez eterna, mientras que él se constituye en una sola contradicción, una verdadera autonegación, que no puede dejar de negarse a sí misma. El Hombre no puede ya dejar de negarse en la afirmación de la parafernalia que ha construido alrededor del trabajo y de la ley (sus dos supuestas

autoafirmaciones). Es necesario pues, saber que no es negar la animalidad lo que nos hace más Hombres, sino conocerla y superarla mediante su conocimiento, con sus propias armas. No se trata de imponer nuestra «superioridad» sino de reconocer nuestra igualdad respecto del mundo. Del Animal tenemos mucho que aprender, y no podemos limitarnos a partir de nuestra «superioridad», ignorando que nosotros también tenemos raíces animales anteriores a nuestra «razón superior».



BIBLIOGRAFÍA

Bataille, Georges (1975)

“El erotismo”. Tusquets Editores, Barcelona.

Bataille, Georges (1978)

“Madame Edwarda”. Premia Editores S. A., México.

Bataille, Georges (1979)

“La literatura y el mal”. Taurus Ediciones. Madrid.

Bataille, Georges (1981)

“Teoría de las Religiones”. Editorial Taurus. Madrid.

Campillo, Antonio (1997)

“La condición (In)Humana”. En: Quimera. Número 162.